



Retiro Cuaresmal 2024. Pastoral de Adultos

SEGUNDA MOTIVACIÓN: EUCARISTÍA, PERMANENCIA EN LA VIDA CRISTIANA

1. *Iniciar* la andadura interior.

Antoine de Saint-Exupéry en su conocida novela *Le Petit Prince* dice: «Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, a partir de las tres empezaré a ser feliz. A medida que se acerca la hora me sentiré más feliz. Y a las cuatro, me agitaré y me inquietaré; ¡Descubriré el precio de la felicidad! Pero si vienes en cualquier momento, no sabré nunca a qué hora vestirme el corazón... Los ritos son necesarios». Los ritos nos permiten permanencia, es decir, la atención y conservación de algo importante.

Te invito a pensar en tu vida, ¿qué «ritualitos» tienes para vivir y permanecer saludable? ¿hay algo que haces frecuentemente para mantener saludable tu cuerpo y tu espíritu? Regálate un momento para *saborear* —gustar internamente— aquellas cosas que te mantienen feliz y aquellas otras que te permiten conservar el vínculo con tus seres queridos (vivos o difuntos).

2. *Pedir*

**Contactar con mi *hambre* de vida saludable
y de vínculo con los demás**

3. *Escuchar*

«Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía”.



Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: “Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía”.

Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva». 1ª Corintios 11, 23-33

- Juan 21, 2-14.

4. Entender

Algunos dicen que el amor es el «límite entre la saciedad y el hambre». La experiencia del amor cristiano está vinculada con el hambre de Dios y con la compasión hacia los hambrientos del mundo. El punto de unión entre la vida interior y la dimensión social del cristianismo es la eucaristía. Si la cruz no fuese el signo cristiano por excelencia, lo sería una mesa compartida. Ya que el bautismo ha roto toda diferencia al interno de la comunidad, los bautizados forman un solo cuerpo en torno a una misma mesa. Un cuerpo herido y sanado a la vez. Un cuerpo uno y diverso. Un cuerpo cobijado y expuesto a la intemperie de la misión. La eucaristía es el cuerpo del crucificado-resucitado.

Hace muchos años, Concepción Cabrera Arias, una laica que había tenido una fuerte experiencia de Dios, vinculó su vivencia de ser madre con la función del presbítero en la eucaristía. Como el sacerdote ofrece el pan consagrado en una eucaristía, ella tenía que dar a luz a Cristo en su vida cotidiana. Dar a luz significaba unirse a él y a la comunidad, alimentarse y alimentar. A los 54 años comprende su vocación eucarística. Ella se propone decir en cada misa a la hora de la consagración: **«Este es mi cuerpo, esta es mi sangre»** (Cuenta de conciencia, tomo XL, pág. 294: 6 de junio de 1916). No lo hacía como una metáfora, era fruto de una espiritualidad profundamente corporal. Concha se sabía—igual que el pan en la eucaristía— un cuerpo *escogido, bendecido, roto y entregado*.

- **Escogidos.** La idea de comer el cuerpo, hacernos cuerpo y ser parte de un cuerpo mayor, es un elemento fundamental para el cristianismo primitivo. Pablo utiliza una imagen multidimensional del cuerpo (cf. 1ª Tesalonicenses 4,3ss; 1ª Corintios 3,16; 6,15-20; 12,12-27; Romanos 6;7;12; etc.). Para las comunidades paulinas— según la exégesis de Carlos Gil Arboil— hay una relación entre la dimensión física, social y teológica del cuerpo: cada creyente es un cuerpo físico de Cristo; la comunidad es su cuerpo social; el pan eucarístico y el vino son el cuerpo real y presente del Señor (dimensión teológica)¹. Ser cristiano es ser cogido del mundo y hacerse alimento para que sacie las hambres de ese mundo.
- **Bendecidos.** En esa Iglesia de los primeros siglos, la *santa cena*, «pretende transformar la pluralidad de miembros en un solo cuerpo, que las divisiones existentes (de género, de estatus o de etnia) desaparezcan en la cena del Señor

¹ Cf Aguirre (Ed.), *Así empezó el cristianismo* (Navarra, Verbo Divino, 2010) 177-179.



porque este, por igual, representa al cuerpo de Cristo y lo hace presente en la historia. Por tanto, la celebración continua de esta ceremonia contribuye a mantener la identidad y a separar la *ekklêsía* de cualquier otro grupo o contaminación cultural»². La mesa eucarística mantiene viva la fe que recibimos en el bautismo. Alejarse de la eucaristía significaba para esos primeros cristianos mutilar el cuerpo del Señor. Participar en la mesa de la comunidad es don y envío para hacerse bendición gratuita para los demás.

- **Rotos.** Hay una dimensión de *anamnesis* (memorial) que vincula cada eucaristía con la historia de la cruz del resucitado. En la misa se rompe el pan. Rompiéndonos nosotros podemos dejar que entre la luz. La médico suiza Elisabeth Kübler-Ross dijo alguna vez: «las personas más bellas con las que me he encontrado son aquellas que han conocido la derrota, conocido la lucha, conocido la pérdida, y han encontrado su forma de salir de las profundidades. Estas personas tienen una apreciación, una sensibilidad y una comprensión de la vida que ellos llena de compasión, humildad y una profunda inquietud amorosa. La gente bella no surge de la nada»³. Si el bautismo nos hace hijos «pequeños» confiados en el Padre, la eucaristía hace hermanos que van creciendo cuando se acompañan en el dolor y en el amor. Esta fragilidad reconciliada y orientada es un hilo de memoria que vincula a los creyentes de ayer y de hoy.
- **Entregados.** Todo esto que el creyente vive en una misa cotidiana es para *partirse* a los demás, incluso a los que no entienden la fe. La eucaristía busca hacernos símbolo del Reino que «ya está, pero todavía no». Cada misa cuando gente tan diversa en todo el mundo se reúne a una misma mesa, nos hacemos símbolo de la tarea inclusiva y reconciliadora que el cristianismo tiene en la historia. Como creyentes tenemos el reto de hacer de nuestras mesas eucarísticas mesas inclusivas y abiertas, como los brazos de Cristo en la cruz. Tenemos la tarea de hacernos *Corpus Christi* en un mundo de cuerpos descartados: anoréxicos, bulímicos, obesos, desnutridos o hambrientos.

El que vive la espiritualidad de la Cruz (espiritualidad de la parroquia de Guadalupe), igual que Concha, hace de su cuerpo un espacio sagrado y se «acuerpa» con la comunidad para ser alimento saludable para otras y otros. Un pan que se ofrece: «Por Cristo con él y en él, a ti Dios Padre Omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos».

5. *Dialogar*

² *Ibid*, 182.

³ Bert Daelemans, *La vulnerabilidad en el arte: Un recorrido espiritual* (Madrid: PPC, 2021), 25



Recopila en un ambiente de oración: momentos, palabras, gestos o recuerdos saludables que tengas de eucaristías en las que hayas participado. Escribe una oración de gratitud.

¿Qué hambres detectas en tu familia y en los entornos en los que te mueves? ¿Qué gestos puedes cultivar para favorecer a la *cultura del encuentro* en este mundo tan crispado y polarizado?

¿Qué te pide el Espíritu con esta reflexión?

6. *Seguir el camino*

Te invito a terminar tu oración buscando una postura corporal que te ayude para la *adoración*. Coge un trozo de pan y regálate un rato de silencio para repetir muchas veces— a manera de jaculatoria— la frase: «danos hoy el pan de cada día». Toma conciencia de tu cuerpo, tus afectos y tus recuerdos.

